

SIERVO Y TIRANO, UNA NOVELA DE AMBIENTACIÓN GIENNENSE INTENCIONADAMENTE OLVIDADA DESDE JAÉN

Por Aurelio Valladares Reguero
Consejero del I.E.G.

Resumen

Entre la abundante producción literaria de Augusto Martínez Olmedilla (Madrid, 1880-1965) figura la novela *Siervo y tirano* (1911), que tiene por escenario «Piel de Choto» (nombre bajo el que se esconde un pueblo jiennense, Peal de Becerro) y por argumento una historia de amor que termina trágicamente en Madrid con el suicidio de la protagonista, provocado por los desdenes de su amante.

El Casino del pueblo y el ambiente de unas elecciones, entre otros aspectos localistas, están reflejados con cierto tinte grotesco; al igual que ocurre con varios personajes, que responden a modelos reales.

Por razones fácilmente explicables, esta obra ha sido olvidada durante mucho tiempo, lo que no debe ser obstáculo para que ahora nos detengamos en su análisis, ya que constituye una página de la pequeña historia de nuestra provincia.

Resume

Entre l'abondante production littéraire d'Augusto Martínez Olmedilla (Madrid, 1880-1965), il figure le roman *Siervo y tirano* (1911), qui tient pour cadre «Piel de Choto» (non sous lequel se trouve una ville de Jaen, Peal de Becerro, et pour argument une histoire d'amour qui finit tragiquement à Madrid avec le suicide de l'héroïne, provoqué par les dédains de son amant.

Le Casino de la ville et l'ambiance des élections, entre autres aspects d'intérêt local, sont reflétés avec une certaine teinture grotesque; à l'égal de plusieurs personnages, lesquels correspondent à modèles réels.

Par des raisons facilement explicables cette oeuvre a été oubliée pendant longtemps, mais cela ne doit pas être un obstacle pour que nous nous arrêtons maintenant sur son analyse, puisqu'il constitue une page de la petite histoire de notre province.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

SIERVO y TIRANO



BIBLIOTECA
SOPENA

INTRODUCCIÓN

EN nuestra *Guía literaria de la provincia de Jaén* (Jaén, I.E.G., 1989, pág. 248) hacíamos una breve referencia a la novela del prolífico autor Augusto Martínez Olmedilla *Siervo y tirano*, aparecida en Madrid en 1911.

La razón de dicha inclusión era debida a que el escenario principal de la obra se enmarca en la población jiennense de Peal de Becerro, localidad a la que pertenecen, además, los protagonistas y otros personajes secundarios de la narración. Sin embargo, las limitaciones propias de toda antología nos llevaron entonces a no detenernos en esta novela, ya que para el capítulo dedicado a la «Prosa del primer tercio del siglo» contábamos con obras de otros autores más conocidos, en los que encontrábamos la presencia de escenarios jiennenses y servían para nuestro propósito (1).

Quedaba en nuestra mente la intención de volver la mirada hacia la mencionada novela, con el fin de estudiarla más detenidamente, porque entendíamos entonces (y ahora lo corroboramos) que en sus páginas se halla una interesante visión —con todos los matices subjetivos que se quiera— del ambiente que se respiraba a principios del presente siglo en una de las poblaciones de nuestra provincia.

Adelantamos que en *Siervo y tirano* domina la nota negativa, pero no debe extrañarnos. En la *Guía literaria...* seleccionamos textos de novelas de la época que resultan más críticos con la provincia de Jaén. Tales son los casos del marco grotesco e irreverente que envuelve los festejos en honor de la Virgen de Tíscar en *La romería* (1910), de Manuel Ciges Aparicio, o la pintura paródica que traza sobre las gentes de La Carolina Ricardo León en *Jauja* (1928).

Nos consta que para algunos pealeños la novela de Martínez Olmedilla fue durante bastantes años una obra maldita. Es comprensible, en buena medida, dicha actitud, ya que son varios los personajes novelescos fácilmente identificables en individuos de carne y hueso, que no quedan muy bien parados, habitantes de la localidad que sirve de antesala a la sierra cazorleña.

(1) En el mencionado apartado dedicado a la «Prosa del primer tercio de siglo» nos centramos en el *Lazarillo español*, de Ciro Bayo (págs. 230-232); *La romería* y otros textos periodísticos, de Manuel Ciges Aparicio (págs. 233-237); *Jauja*, de Ricardo León (págs. 238-240); *Nido real de gavilanes*, de Salvador González Anaya (págs. 241-244), y *Disciplinas de amor*, de Juan Aguilar Catena (págs. 245-247); panorama que se completa con unos breves apuntes sobre *Currito de la Cruz*, de Alejandro Pérez Lugín, y la novela que ahora nos ocupa (pág. 248).

No es, por supuesto, nuestro propósito reabrir heridas seguramente ya cicatrizadas por el paso del tiempo. Media ya casi un siglo desde la publicación de la obra, por lo que confiamos que tal peligro haya desaparecido. En cualquier caso, pensamos que el silencio y el olvido intencionados no conducen a nada positivo. Nuestra historia fue lo que fue y el testimonio de cualquier testigo en modo alguno debe desdeñarse. A las generaciones siguientes corresponde valorar y explicar cuanto han legado los que nos han precedido en el tiempo.

Así pues, bajo estos presupuestos metodológicos, vamos a tratar de acercarnos a las páginas de *Siervo y tirano*, en las que ha quedado retenida la imagen de un fragmento de la vida que discurrió por uno de nuestros pueblos giennenses.

I. EL AUTOR.

a) Síntesis bio-bibliográfica (2)

Augusto Martínez Olmedilla nació el 3 de mayo de 1880 en Madrid, ciudad a la que estuvo ligado hasta su muerte, ocurrida en 1965. Cursó la carrera de Derecho en la Universidad Central y consiguió el grado de doctor en 1901. Dos años más tarde (1903), con la publicación de varias narraciones cortas, iniciaba una andadura literaria que nos deja hoy sorprendidos por su extraordinaria fecundidad. Fue asiduo colaborador en periódicos y revistas (*El Imparcial*, *El Liberal*, *La Esfera*, *Blanco y Negro...*), así como en publicaciones periódicas dedicadas al campo literario (*El Cuento Semanal*, *La Novela Corta*, *Los Contemporáneos...*). Federico Carlos Sainz de Robles cuantifica su producción literaria en «*más de treinta novelas extensas, medio centenar de novelas cortas, una docena de biografías y libros*

(2) No conocemos estudios monográficos sobre este autor. No obstante, pueden encontrarse datos interesantes en varias obras generales, de las que destacamos las siguientes: Julio Cejador y Frauca, «Historia de la Lengua y Literatura Castellana», t. XIII, Madrid, P. de la *Rev. de Arch., Bibl. y Museos*, 1920 (Edic. facsimil: t. 7, Madrid, Gredos, 1972), págs. 34 y 41-42; *Enciclopedia Universal Ilustrada «Espasa»*, t. 33, págs. 558-559; Federico Carlos Sainz de Robles, *Ensayo de un Diccionario de la Literatura*, t. II: *Escritores españoles e hispano-americanos*, Madrid, Aguilar, 1964, págs. 709-710, y *La promoción de «El Cuento Semanal» 11907-1925*, Colec. Austral, Madrid, Espasa Calpe, 1975, págs. 188-189 y 239; Eugenio G. de Nora, *La novela española contemporánea. T. I (1898-1927)*, Madrid, Gredos, 1973, págs. 330-351; Felipe B. Pedraza y Milagros Rodríguez, *Manual de literatura española. T. X: Novecentismo y vanguardia. Introducción, prosistas y dramaturgos*, Tafalla (Navarra), Cenlit, 1991, págs. 357-358.

de varia lección, cerca de cuarenta obras de teatro, más de cuatro mil artículos, centenares de cuentos...» (3).

Desde sus comienzos, Martínez Olmedilla se muestra como un autor que busca, por encima de todo, ser ameno y grato al lector, presentándole escenarios y personajes que le resulten familiares y cotidianos. Sus propias palabras son bien explícitas: «*Creo, eso sí —confiesa en una carta a Julio Cejador—, que la llamada vaga y amena literatura ha de ser, ante todo y sobre todo, muy amena, pues de lo contrario sólo sería vaga, lo cual es bien poca cosa. De aquí mi preocupación, cuando escribo, de no aburrir al lector. Si lo consigo, mi ideal artístico está logrado*» (4).

Su obra debe encuadrarse dentro de la corriente realista-costumbrista, que todavía en el primer tercio de este siglo seguía la estela de los grandes maestros del Realismo. Especial mención hay que conceder en este sentido a Palacio Valdés, cuyo magisterio nunca ocultó el prolífico autor madrileño, aunque pueden verse también influencias de P. A. de Alarcón, el P. Coloma o J. O. Picón.

No viene ahora al caso hacer un repaso de su producción literaria (tan abundante como sumida hoy en el olvido, fuera del minoritario campo de los especialistas), ni menos trazar una valoración del conjunto, dado que traspasa los límites de nuestras pretensiones en este momento. El lector interesado puede acudir a la bibliografía citada para recabar la oportuna información. Únicamente, y por lo que ahora nos afecta, apuntaremos que la novela *Siervo y tirano* (1911) no figura entre las destacadas por Sainz de Robles, Nora y Pedraza-Rodríguez, pero sí la mencionan expresamente Cejador, quien cita dos ediciones, y la Enciclopedia «Espasa», que la considera como la obra «*más influida por la corriente naturalista*».

b) **Ascendencia baezana.**

El mundo madrileño es, con toda lógica, el más abundante en las narraciones y otros escritos de Martínez Olmedilla. Por esta circunstancia, precisamente, nos llamaron la atención el escenario y los personajes de Peal de Becerro cuando por primera vez nos topamos con la novela *Siervo y tirano*. El autor demuestra a lo largo de las páginas de la obra que conoce bien esta villa jiennense, así como otras poblaciones del entorno que aparecen, aunque más esporádicamente, en el relato.

(3) *La promoción de «El Cuento Semanal» 1907-1925*, pág. 188.

(4) Julio Cejador y Franca, *ob. cit.*, pág. 41.

A pesar de varios intentos, no hemos podido averiguar qué relación pudo tener el autor con Peal de Becerro, porque sospechamos que alguna conexión entre ambos tuvo que haber.

Sabemos, eso sí, que su padre era de Baeza. Así lo revela el jurista baezano Alfonso de Viedma, en un artículo publicado en la revista *Don Lope de Sosa* (5), de gran interés para nuestro propósito, ya que nos da a conocer, con testimonio de primera mano, los vínculos de Martínez Olmedilla con la histórica ciudad. Valgan como resumen estas palabras recogidas por Viedma de labios del escritor como contestación a una pregunta: «*En el aspecto afectivo, Baeza ocupa en mis recuerdos lugar preeminente. Allí transcurrieron días imborrables de mi primera juventud. Allí emborriné acaso mis primeras cuartillas... En varias de mis novelas aparece Baeza, oculta bajo el anagrama de Zeaba. Pienso hacer alguna, localizada totalmente allá...* (6).

Pero, si interesante es lo que se dice en este artículo, igualmente lo es lo que —a nuestro juicio— no se dice. Nos explicamos. Parece un tanto raro que Alfonso de Viedma no mencione para nada la novela *Siervo y tirano*, ni cuando hace una valoración general de la obra de Martínez Olmedilla, ni cuando recoge las respuestas del escritor a varias de sus preguntas, hechas durante una entrevista mantenida el año anterior (o sea, en 1917), seis años después de la publicación de dicha novela. Y precisamente en ella aparece Baeza bajo el anagrama de Zeaba. ¿Cabe imaginar que no saliera a relucir esta obra al detallarle este particular en la respuesta anteriormente reproducida? Mucho nos tememos que el articulista baezano conocía la novela, pero prefirió pasarla por alto, dado que su trabajo iba a ver la luz en una publicación muy difundida en toda la provincia y podía reavivar las iras de más de algún pealeño que sin duda lo único que deseaba para el relato de Martínez Olmedilla era el silencio y el olvido.

Igualmente, no deja de sorprender que la misma revista *Don Lope de Sosa*, tan atenta siempre a todo lo relacionado con la provincia de Jaén, ignore la referida novela a lo largo de sus dieciocho años de vida (1913-1930), todos ellos posteriores a la primera edición de aquélla (1911).

Aunque el paso del tiempo dificulta cada vez más las pesquisas, no descartamos que se pueda llegar a obtener algún dato que aclare estos porme-

(5) 1918, págs. 75-78.

(6) *Ibid.*, pág. 77.

nores. De momento, dejamos aquí las dudas e interrogantes, para entrar de lleno en el estudio de la novela en cuestión, porque quizá aquí encontremos algunas respuestas.

II. LA OBRA.

a) Ediciones conocidas.

La novela *Siervo y tirano* salió a la luz en la Biblioteca Hispano-Americana (Madrid, Librería de Gregorio Pueyo, 1911), edición de la que se conservan dos ejemplares en la Biblioteca Nacional de Madrid (con las signaturas 1-58.080 y 1-61.145). El segundo agrega en la cubierta, junto a «Madrid, 1911», que figura en el otro ejemplar, el siguiente dato: «Librería de Adrián Romo. Alcalá, 5».

La redacción debía de estar concluida a mediados del año anterior, ya que al final del texto se consigna esta datación: «Madrid, Junio-Julio 1910».

Existe, al menos, una edición posterior, realizada en Barcelona por el editor Ramón Sopena (pero esta vez sin indicación de año), de la que poseemos un ejemplar, adquirido en la pasada feria madrileña del libro antiguo (octubre de 1992). Posiblemente sea de 1918, ya que Julio Cejador cita la obra en dos ocasiones, una con fecha de 1911 (la edición ya mencionada) y otra de 1918. Avalaría esta hipótesis el hecho de que en la edición de Ramón Sopena se incluye una relación de las «Obras de Augusto Martínez Olmedilla», que, según los datos que tenemos, están ordenadas cronológicamente y comprenden hasta 1918, siendo la última mencionada *El espejismo de la gloria*, aparecida precisamente en dicho año.

Son éstas las dos únicas ediciones que conocemos. Para la referencia que hicimos en su día en la *Guía literaria de la provincia de Jaén* (Cfr. supra) manejamos el primer ejemplar citado de la Biblioteca Nacional, correspondiente a la primera edición, en tanto que ahora, por simples razones de accesibilidad, vamos a servirnos de la edición de Ramón Sopena.

b) Argumento.

La novela está dividida en dos partes, a las que corresponden, respectivamente, ocho y cuatro capítulos, todos ellos encabezados por títulos.

Sigue un orden cronológico de los hechos, interrumpido en contadas ocasiones por vueltas al pasado, para explicar algunas circunstancias que ayudan a la comprensión de los acontecimientos y de la actuación de los personajes.

La acción comienza en el pueblo de Piel de Choto, donde se nos presenta a Eladio, perteneciente a una familia de rica posición que, desde muy joven, está enamorado de Celeste, hija del alcalde don Estanislao Bernáldez, también de los más pudientes del pueblo. Tales amores eran bien vistos por ambas familias, ya que se ajustaban a sus pretensiones.

La primera separación viene cuando él se va a estudiar bachillerato a la capital de la provincia y ella ingresa en el convento de la Encarnación de Zeaba para «*educarse religiosamente*», pero pueden verse en vacaciones.

Más adelante, Eladio marcha a Madrid para estudiar Derecho, etapa en la que queda huérfano de madre y, a continuación, de padre, cuando todavía mediaba la carrera. Su vida va a cambiar radicalmente. Se ve con el dinero de la herencia, que le administra desde el pueblo un pariente lejano, y que va a malgastar con Currita Trevélez, bailadora de un local nocturno madrileño, a quien conoce un día y por quien se encaprichará perdidamente, al tiempo que aparca su antiguo amor.

A partir de aquí, Eladio se convierte, como explícitamente reza el título de la novela, en siervo de Currita y tirano de Celeste.

Cuando su economía flaquea, después de vender varias propiedades, Currita lo abandona y Eladio tiene que volverse a Piel de Choto, donde, como mal menor (porque considera más atractiva a Currita) se reconcilia con Celeste, que todavía sigue queriéndole. Se hace cargo de un molino de aceite de su propiedad, que da trabajo a cuatro empleados.

Mientras tanto, el padre de Celeste, asiduo jugador en el Casino, pierde dinero de forma alarmante, a la par que su futuro como alcalde se ve cada vez más en peligro, todo lo cual ensombrece lo que se prometía como un porvenir halagüeño para la pareja de novios.

Por entonces algunos pielenses viven con intensidad los preparativos de una campaña electoral, destacando el boticario don Emerenciano Nares, nombrado presidente del Comité de un partido político en el que también participa Eladio. Dicho presidente, junto a otros dos miembros del partido, acuden a la estación de ferrocarril de Zeaba para recibir a don Delfín Rubiales, candidato a representante en la Cámara popular por el distrito de Mazorca, que viaja desde Madrid. Llegan con tiempo de sobra y esto les permite acercarse a Minares, a la casa de citas regentada por doña Rocío la sevillana, donde se topan con Currita. Cumplidos estos menesteres, regresan a la estación y reciben al candidato, al que llevan al pueblo. Aquí se hospeda en casa del boticario, donde su esposa, a pesar de estar próxima

a dar a luz, agasajará al político madrileño con todo tipo de atenciones, que culminarán con una comilona y un mitin político llenos de avatares caricaturescos.

Eladio, que recibe la noticia del nuevo paradero de Currita, reúne unos pocos ahorros y se dirige a Minares en su búsqueda, pero ésta, conocedora de las estrecheces económicas de su pretendiente, lo rechaza. Vuelve desilusionado al pueblo y descarga su pasión violando a Jesusa, novia de uno de los empleados de su molino, hacia la que con anterioridad había mostrado su atracción con galanteos poco disimulados. La reacción lógica del novio derivará en su despido del trabajo.

Acude de nuevo a Celeste, que está dispuesta a olvidar todo, a la que fuerza a mantener relaciones y como consecuencia de las cuales queda embarazada. Entre tanto, la situación económica de don Estanislao se agrava por el juego. Eladio se lo reprocha en una acalorada discusión que concluyen jugándose a las cartas todas sus pertenencias, con resultado favorable para Eladio.

Tras algunas dudas sobre qué hacer en tales circunstancias, después de aceptar el ofrecimiento de su pariente Frutos para administrarle los bienes, como en la ocasión anterior, aun a sabiendas de que éste va a ser el más beneficiado, Eladio toma la decisión de volver a Madrid y poder conseguir de nuevo los favores de Currita.

En la capital frecuenta casas de mujeres, donde dilapida su dinero, al tiempo que entabla relaciones con curiosos personajes de vida igualmente aventurera. Logra contactar con Curra, que ahora trabaja en un prostíbulo selecto, perteneciente a doña Socorro, pero ella lo desprecia, a pesar de que Eladio esgrime el mucho dinero gastado con ella. Esto le llevará a buscar el amor de Fátima, a quien ha conocido en el mismo local.

Un día se encuentra a Celeste, en avanzado estado de gestación, que ha ido a Madrid en su busca. Ésta le da cuenta de su precaria situación y le pide ayuda. Eladio consigue que se hospede en casa de doña Socorro, con la intención de llevarla más adelante a la Inclusa.

Mientras tanto, Eladio, que no presta mucha atención a su novia, sigue relacionándose con los personajes anteriores, siendo testigo de sus poco edificantes conductas.

Celeste ha dado a luz un hijo, pero no dice a Eladio dónde se encuentra, dada su despreocupación. Incluso éste se va un día con Fátima a una

habitación contigua a la de Celeste, para que se entere de sus andanzas amorosas. Celeste, desesperada, se tira al patio y queda gravemente herida.

Eladio va en busca de Curra, a la que no encuentra, porque se ha ido al extranjero. Quiere arreglar las cosas con Celeste, pero ya no hay remedio, porque ésta acaba de morir sin haber dejado noticia del paradero del hijo. Como contrapunto al trágico desenlace, las mujeres que allí habitan siguen su vida como si nada hubiera ocurrido.

c) **Escenario narrativo.**

Siervo y tirano cuenta con dos escenarios narrativos fundamentales: Piel de Choto en la primera parte y Madrid en la segunda. Ambos sirven de espacio ambiental en el que discurre la historia amorosa que constituye el eje argumental de la novela.

El lector que no esté familiarizado con la provincia de Jaén puede pensar que Piel de Choto es un escenario puramente novelesco, fruto exclusivo de la invención del autor. Pero no es así. Quien conozca mínimamente las tierras jiennenses no necesita muchos alardes imaginativos para percatarse de que Piel de Choto es la denominación un tanto caricaturesca bajo la que se esconde la localidad de Peal de Becerro. Es más, a lo largo de la primera parte de la novela aparecen otros lugares jiennenses fácilmente identificables, bien por la utilización de un anagrama (Zeaba = Baeza) o la semejanza fonética de sus nombres (Mazorca = Cazorla o Mínares = Linares). Incluso el autor no duda en recurrir a otros detalles que facilitan la tarea al lector. Así, por ejemplo, hablará del convento de la Encarnación de Zeaba, escogido para la formación de Celeste y que responde fielmente a la realidad, al igual que de la estación de Zeaba, a la que llega el político don Delfín Rubiales, conocida entonces como estación de Baeza, aunque después haya pasado a denominarse Linares-Baeza. Lo mismo cabe decir de Mazorca (Cazorla), cabeza del distrito electoral, con la sierra de su nombre como fondo paisajístico, o la ciudad de Mínares (Linares), rica por sus minas y con un desarrollo económico importante derivado de ello, lo que propicia una vibrante vida nocturna, tanto para sus habitantes como para los que acuden de fuera.

Llama, pues, la atención que, a diferencia de Madrid, que aparece con su verdadero nombre, los citados lugares jiennenses se vean tímidamente disimulados en su denominación.

Dentro del relato destaca Piel de Choto, ya que, además de lo apuntado, de aquí son los protagonistas Eladio y Celeste, al lado de los cuales dis-

curre la vida de otros personajes a lo largo de los ocho capítulos de la primera parte.

El autor se detiene especialmente en su Casino, no sólo como lugar de juego (decisivo para el porvenir económico de varios personajes), sino también como lugar de tertulia donde, aparte de cuestiones del acontecer diario del pueblo, aflora con peso específico el clima preelectoral que por entonces se respira. Precisamente, el capítulo primero, titulado irónicamente «La paz de la aldea», comienza con la presentación del protagonista, que entra en el referido local, descrito con estas pinceladas claramente naturalistas:

«Al penetrar en la reducida estancia, Eladio aspiró una tufarada nauseabunda. El humo del tabaco y la respiración de las personas allí reunidas habían viciado la atmósfera en términos tales, que la luz del quinqué pendiente del techo, única luminaria del tugurio, escasamente atravesaba la pesadez del ambiente, alumbrando las cabezas de nueve o diez hombres, reunidos en derredor de una mesa entapetada de verdoso paño» (7).

El protagonista Eladio, curiosamente, no es aficionado al juego, pero sí frecuenta el lugar, al que acuden asiduamente las personas con que se relaciona: el padre de su novia, Estanislao Bernáldez, alcalde del pueblo, que pierde allí sus dineros sin cesar; el sacristán, más afortunado en el juego; un comerciante; el médico, apodado *Tres perrillas*; el boticario, don Emericiano Nares, presidente del comité del partido político que ultima los preparativos de la visita preelectoral del candidato por el distrito de Mazorca don Delfín Rubiales, al tiempo que se vislumbra como el futuro alcalde del pueblo; el maestro de primera enseñanza, don Jorge Chumacera, que, en cierta ocasión, por proferir «¡Maldito el rey! ¡Así lo fusilaran!», en referencia al rey de oros, que acababa de estropearle una partida, fue detenido por el alcalde, al interpretar tales expresiones como gritos antimonarquicos...

El Casino sirve, pues, de tarjeta de presentación de Piel de Choto y de sus habitantes más significativos.

Y si negativos son los rasgos con que Martínez Olmedilla describe, a lo largo del capítulo primero, este centro recreativo, al que no tiene reparos en denominar «*sala del crimen*», no mejora el panorama cuando en el capí-

(7) *Siervo y tirano*, Barcelona, Ramón Sopena, S. A., pág. 11.

tulo siguiente nos lleva, siguiendo los pasos del protagonista, a las calles del pueblo:

«Antes de caminar, Eladio se detuvo un instante a la puerta del Casino para buscar orientación. La noche estaba obscurísima, y en Piel de Choto había transcurrido el "siglo de las luces" sin que se estableciera el alumbrado público. Afirmábase que, tiempo atrás, un alcalde reformista intentó hacerlo; mas no estaban, sin duda, preparados para esta innovación, y no tardaron en perecer los toscos faroles a impulsos de las pedradas con que varios distinguidos jóvenes locales obsequiaron a aquellas manifestaciones del progreso» (8).

Pueden apreciarse claramente las notas irónicas de esta descripción, en la que destaca la anfibología del término «siglo de las luces»: el pueblo carece del alumbrado necesario tanto en el plano material como en el cultural. Aunque estamos a comienzos del siglo XX, Piel de Choto sigue anclada en un pasado remoto, como si todavía no hubiera surtido efecto en sus vecinos el ya lejano siglo XVIII, conocido como el «siglo de las luces».

El novelista se detiene también en otros pormenores de claro signo costumbrista, que quedan como exponentes de su fidelidad a la más genuina técnica del realismo narrativo. Así ocurre, por ejemplo, al referirse al molino propiedad de Eladio, ocasión que aprovecha para detallarnos cómo se preparan los obreros unas «gachas-migas», típico plato de la tierra (aunque no se menciona aquí el nombre) o los trabajos que éstos realizan en la elaboración del aceite:

«Todos atendían a la operación culinaria mientras calentábanse pies y manos en la flameante hoguera, donde se consumían grandes trozos de orujo. Cuatro eran los cagarraches: tres de ellos, hombres fornidos; el cuarto un mozuelo. El mayor de todos asumía el cargo de maestro; él estaba encargado aquel día de la confección de la vianda, en cuyo condimento turnaban todos. En una sartén de gran tamaño echó el obrero agua y aceite; deslió después en la mezcla buena cantidad de harina de trigo, hasta formar una masa que fue sazonada con sal convenientemente, dejando al fuego que completase la obra. De vez en vez, el maestro, agarrando con ambas manos el rabo de la sartén, hacía dar una rápida vuelta a la masa, que ya tenía el aspecto de dorada torta. Picábala después con la paleta; y, al cabo de repetir la operación varias veces, quedó el manjar condimentado. Agrupáronse

(8) *Ibid.*, pág. 23.

entonces los cuatro mozancones en torno a la sartén, y requiriendo sus cucharas de peltre, comieron, hasta hartarse, del succulento desayuno.

Terminado el ágape, comenzó el trabajo. El más joven de los cagarraches recogía en una cubeta la aceituna triturada por el rulo, arrojándola en la masera, recipiente de donde nuevamente se extraía la masa para someterla a presión. Los otros obreros comenzaron a henchir de pulpa oleosa los cachos, ruedas de esparto con reborde y tapa, que, una vez llenos, se colocaban uno sobre otro en la plataforma de la prensa, rociándolos frecuentemente con agua hirviendo. Apilados los cachos, en número de cincuenta, en el aparato de presión —que ofrecía el aspecto de una enorme pila de Volta— comenzó a funcionar la prensa hidráulica; a impulsos de la palanca, movida por dos hombres, iba elevándose paulatinamente la plataforma inferior, estrujando los cachos, que chorreaban agua, aceite y jámila, esparciendo en el ambiente del molino un olor característico, entre nauseabundo y agradable, a esparto húmedo y aceite verde...» (9).

Ahora bien, esta estampa costumbrista del acontecer pielense constituye un apunte esporádico en el conjunto de la novela, ya que predominan las descripciones paródicas y grotescas, que especialmente se concentran en las actuaciones de los personajes que llevan el peso narrativo. Bastaría citar a este respecto la comida que ofrece el boticario en la recepción oficial del candidato don Delfín Rubiales, llena de notas esperpénticas, que no sólo afectan al anfitrión y a los paisanos que le rodean, sino también al propio político cunero, quien complace a la concurrencia con un discurso plagado de tópicos. Tampoco quedan bien parados los del bando político rival, encabezado por el alcalde, que se sirve de «Perinola», alguacil del Ayuntamiento, para llevar el control de los asistentes, en una maniobra que, en principio, consigue sus efectos disuasorios entre los pielenses por miedo a posibles represalias.

Lo mismo cabría decir del ambiente prostibulario de Madrid (anticipado ya en el capítulo segundo de la primera parte), al que dedica el autor cuatro capítulos de la segunda. No vamos a detenernos en este punto, dado que nuestro interés se centra en lo que afecta a las tierras jiennenses. Únicamente, y por dicho motivo, sí queremos referirnos a Minares, que, con ocasión de la visita de los tres pielenses que acuden a recibir al político madrileño y hacen una escapada a la ciudad minera, se nos describe de esta guisa:

(9) *Ibid.*, págs. 44-46.

«Entre todas las poblaciones de la provincia, es Minares la de más importancia. Podrán otras aventajarla en antigüedad, en nobleza de origen, en monumentos arqueológicos, pero no en sólido prestigio financiero. Ciudad a la moderna, nacida del acaso, todo lo debe a las minas que enriquecen su subsuelo. Cuadrillas de obreros, empalidecidos por los trabajos subterráneos, pululan por sus calles y pueblan sus tabernas y prostíbulos; los humos de las máquinas extractoras ennegrecen las fachadas y quitan oxígeno al ambiente. Nadie se precia allí —como en otros pueblos de la provincia— de ser noble, sino de ser rico. Rueda el dinero con profusión, cuéntanse las fortunas por millones, y tan pronto se oye el estampido del barreno, como el grito de angustia lanzado por la víctima de algún minero ebrio...

A las diez de la noche, la vida nocturna de la población se halla en toda su auge; representase en los teatros, cántase en los cafés de tronio, desplúmase en las chirlatas y ríndese culto a Afrodita en los antrós del mercenario amor. Los tres pielenses, conocedores de Minares, dirigiéronse sin vacilar a la calle donde Rocío tenía su establecimiento. Silverio y Timoteo, sobre todo, gozaban allí de indudable prestigio; para ellos fueron la dos únicas nereidas a la sazón disponibles. Emerenciano tuvo que aguardar, sin que su magnánimo espíritu experimentase por ello contrariedad alguna. A bien que entrambas sílfides nada tenían de apetitosas» (10).

d) **Personajes.**

Apuntábamos al principio que esta novela ha sido calificada como «naturalista». Y, efectivamente, lo es, no sólo por la crudeza de algunas descripciones, sino también por el determinismo que ejerce el ambiente en el comportamiento de los personajes. Ya hemos señalado distintos aspectos, al tratar del «escenario narrativo», que inciden sobre este particular, pero es, sin duda, en la pintura de los personajes donde más claramente se aprecia este rasgo.

El caso más palpable es el propio protagonista. En Eladio confluyen todo tipo de circunstancias negativas que van a condicionar su vida. El hecho de haberse quedado huérfano muy joven hace que caiga en sus manos una nada despreciable herencia que pronto dilapida. Mientras que a sus paisanos les da por el vicio del juego, a Eladio le atrae el de la carne. Su estancia en Madrid le abre otros horizontes, pero no van a ser las aulas de la

(10) *Ibíd.*, págs. 62-63.

Facultad de Derecho las que determinen su futuro, sino los locales de espectáculos de la vida nocturna madrileña.

Currita Trevélez es la típica mujer de tales ambientes que ofrece sus favores cuando obtiene la oportuna contraprestación económica. Si ésta falla, no duda en buscar un mejor postor. Significativo es el apelativo con que se la conoce, «la Jamoncitos», que trae a la memoria del lector el pueblo alpujarreño de Trevélez, famoso por sus jamones. En alguna ocasión se habla de la señorita Trevélez, pero no cabe relacionar tal detalle con la popular tragicomedia de Carlos Arniches *La señorita de Trevélez*, ya que ésta se estrenó en 1916 (cinco años después de aparecer *Siervo y tirano*), aparte de que ambos personajes femeninos no tienen nada de coincidentes, sino justamente todo lo contrario.

Eladio vuelve al pueblo y se le presenta la ocasión de reconducir su vida, pero el ejemplo de los pielenses le lleva de nuevo a las andadas. No vamos a insistir más en este punto, ampliamente desarrollado en el apartado anterior.

Los personajes que aparecen en la segunda parte de la obra, todos ellos merodeadores de las casas de lenocinio madrileñas, llevan al protagonista hasta el encanallamiento, como se demuestra en su falta de escrúpulos ante la crítica situación en que se encuentra su novia Celeste.

El mundo del juego en Piel de Choto, las miras egoístas de los políticos que allí tratan de medrar, el vicio del sexo en los prostíbulos de Minares y —especialmente— de Madrid... son el marco favorable para la degeneración moral de los personajes.

Eladio es simplemente el instrumento, mientras que a Celeste le corresponde el papel de víctima. Todos los demás personajes, tanto los de Piel de Choto (don Emerenciano, don Delfín, don Estanislao, Frutos, etc.), como los de Madrid (Curra, Fátima, doña Socorro, Amelia Gioconda, el empresario Serantes, algunos escritores de dudosa moralidad, el violento Alfredo Kuppfond, etc.), son las fuerzas coadyuvantes que llevan a la pareja de protagonista (Eladio y Celeste) hacia el trágico final.

3) Valoración de la novela.

A la hora de valorar una obra de corte costumbrista-realista-naturalista (y *Siervo y tirano* lo es), conviene tratar de apreciar el acierto mayor o menor del autor en la descripción de ambientes y pintura de personajes, base fundamental del arte narrativo que caracteriza la corriente literaria en que

se encuadra esta novela. Pero necesario será para ello tomar como punto de referencia la confrontación con la realidad, máxime cuando ésta no se oculta, aunque a veces se la disimule con pequeñas variantes onomásticas.

En cuanto a los ambientes novelescos de esta obra, aparte del caso de Madrid, pocas dudas ofrece —como ya hemos observado— el referente real de Piel de Choto (Peal de Becerro), al igual que ocurre con Mazorca (Cazorla), Mínares (Linares) o Zeaba (Baeza). Aquí no valdría aplicar el socorrido recurso de que «cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia».

Ahora bien, si pasamos a los personajes, ¿qué situación nos encontramos? ¿Son entes de ficción o responden a personas de carne y hueso? Por lo hasta aquí visto, la lógica nos debe conducir irremediamente a contestar en sentido afirmativo.

A pesar de que han transcurrido muchos años desde la primera aparición de la novela, hemos intentado las averiguaciones oportunas y el resultado nos lleva a lo que en un principio era simple conjetura. Parece claro que en este terreno el autor debía proceder con un poco más de cautela, circunstancia que explica que no recurra a los procedimientos —ya vistos en el caso de las poblaciones giennenses mencionadas— de semejanzas fonéticas o combinaciones de anagrama en los nombres de los personajes. El problema de la identificación es ahora un poco más delicado. No obstante, hemos podido establecer bastantes puntos de coincidencia con la realidad que no dejan el menor resquicio para la duda. Veamos algunos botones de muestra.

El alcalde don Estanislao Bernáldez responde fielmente a la entonces primera autoridad del Ayuntamiento de Peal de Becerro don Antonio Pérez, que era viudo y frecuentaba el Casino del pueblo, propiedad de Andrés Real, en donde se sabe que perdió mucho dinero. Por otra parte, tenía una hija, cuyo novio, huérfano de padre y madre, la engañaba con continuas aventuras amorosas, personajes ambos que coinciden con los de Celeste y Eladio de la novela.

El mancebo de la botica de don Emerenciano, identificado en el relato bajo el apodo de «Gargarismo», no puede ser otro que Ramón Utrera, conocido en el pueblo por «Gargarilla». En cambio, no hemos logrado encontrar (aunque esto no quiere decir que no existiera) a la persona que pudo inspirar la figura del farmacéutico de la novela, a pesar de que es un personaje del que Martínez Olmedilla presenta muchos detalles biográficos.

En cuanto al político don Delfín Rubiales, pudiera encontrarse su modelo real en don Miguel Marín o don Miguel Corencia, que en aquella época acudían desde Madrid para las campañas electorales en el distrito de Cazorla.

No nos atrevemos, por falta de los suficientes elementos de juicio, a relacionar al médico don José Muñoz Reja con el que aparece en la novela bajo el apodo de «Tres perrillas». Y menos aún cabe decir del maestro don Jorge Chamucera, puesto que sólo tenemos noticia de la existencia por entonces en Peal de una maestra, una tal doña Antonia. Ahora bien, hay que señalar que estos dos personajes tienen una presencia mínima en la narración, por lo que no desvirtúan los casos anteriores.

Estos paralelismos que hemos podido encontrar entre la ficción y la realidad nos llevan a pensar, lógicamente, que hay muchísimos más detalles que ahora se nos escapan, pero que seguro no ocurrió así con los primeros lectores de la obra, en particular con los que conocían Peal y otras poblaciones jiennenses que aparecen en la narración. Evidentemente, nosotros aquí damos cuenta de los datos que hemos podido recabar, eso sí, a través de testimonios directos, que nos ofrecen —*a priori*— toda la confianza (11).

Lo interesante sería ahora tratar de averiguar qué razones pudieron llevar a Martínez Olmedilla a trazar una pintura tan negativa, tanto de algunas personas concretas, como del conjunto general de la villa de Peal de Becerro, aunque el breve apunte dedicado a Linares tampoco le va a la zaga.

No nos extrañaría (es simple suposición) que el novelista, de ascendencia baezana por línea paterna —como ya se ha indicado—, tuviera algún familiar en Peal y conociera esta villa, lo que pudo haberle servido como fuente documental para la invención narrativa. Incluso cabría plantearse el interrogante (y esto como nueva hipótesis metodológica) de si Martínez Olmedilla tuvo algún problema, del tipo que fuera, en dicha población, que pudiera haberle llevado a una cierta animadversión hacia ella.

Lamentamos no poder precisar más al respecto, ya que, por el momento, carecemos de los datos pertinentes. Nos movemos en el campo de la pura

(11) En tal sentido, queremos hacer una especial mención, con el más sincero agradecimiento, al pealeño don Antonio Camacho Romero, que, a sus noventa y siete años, conserva fresca la memoria sobre la época de su niñez y juventud, lo que ha sido de gran utilidad para nuestro propósito. A él se deben la mayor parte de los datos sobre el Peal de comienzos del siglo que aquí ofrecemos.

conjetura, hasta tanto no consigamos alguna referencia que nos lo aclare en un sentido o en otro.

En cualquier caso, no es el único ejemplo de autores nacidos fuera de nuestra provincia —lo hemos apuntado más arriba— que encontraron en las tierras jiennenses de esta época aspectos negativos que les sirvieron de materia novelable. Más cruda nos parece, si cabe, la visión que hace *La romería* (1910) de Manuel Ciges Aparicio sobre un aspecto tan particular como la devoción mariana de Tíscar en la cercana Quesada o la estampa paródica que afecta a todo el conjunto de La Carolina a lo largo de las páginas de *Jauja* (1928), de Ricardo León (12).

Martínez Olmedilla, como cualquier novelista adscrito a la corriente realista, buscaba en la misma realidad el material necesario para sus narraciones. Así pues, si en esta ocasión lo encontró en la geografía jiennense, el problema no está en quien lo da a conocer, sino en los mismos hechos que lo motivan. A fin de cuentas, lo que los novelistas intentaban mostrando algunas lacras sociales, no era tanto recrearse en ellas, cuanto denunciarlas con vistas a su corrección. Por eso, no sería exagerado calificar a *Siervo y tirano* como «novela de tesis», modalidad bastante habitual tanto en el realismo decimonónico como en sus derivaciones durante las primeras décadas del presente siglo.

Comprendemos que para algunas familias de Peal de Becerro no fuera en su día muy grata la publicación de esta novela, ya que afectaba a personas concretas. Incluso podemos entender que no fuera lectura agradable para otros pealeños, por simples razones de paisanaje. Lo que quizá no llegamos a explicarnos es que el enfado haya llegado hasta el punto —y esto nos consta— de hacer pasto de las llamas con algún ejemplar.

Ahora bien, han pasado ya los años suficientes como para obviar las referencias personales y acercarse a la novela contemplándola como testimonio documental de lo que era la vida en un pueblo de Jaén a comienzos de este siglo. Convendría quedarnos, en definitiva, con lo que tiene de valor histórico, prescindiendo de las circunstancias particulares.

Siervo y tirano es una más entre las muchas obras que conforman la abundante producción literaria del autor y en modo alguno difiere de los rasgos generales que caracterizan a todo el conjunto.

(12) Para más detalles sobre estas dos novelas, puede verse nuestra *Guía literaria de la provincia de Jaén*, págs. 233-237 y 238-240.

Por ello nos parece oportuno concluir esta exposición acudiendo al juicio del crítico que quizá mejor conoce al escritor madrileño. Podrá verse cómo las observaciones que hace sobre el conjunto narrativo de Martínez Olmedilla son perfectamente válidas para la obra que aquí nos ocupa. Nos referimos a Federico Carlos Sainz de Robles, y éstas son sus palabras:

«Con un poder de observación notable y una fácil y simpática expresividad, notas de buen humor y rasgos de ingenio, logró que sus novelas alcanzasen buena aceptación. Olmedilla puso en marcha su mundo novelesco, que es, ni más ni menos, una parte del mundo español referido principalmente a las clases media baja y media alta de la sociedad de su tiempo. Y lo pone en marcha con el aliento preciso para que su palpitación sea atrayente. Olmedilla fue, pues, un novelista costumbrista. En sus muchas novelas y cuentos y dramas y comedias ha tocado casi todos los problemas, los afanes, los usos y abusos de la mesocracia y de la democracia españolas. Y los ha tocado con certeras pinceladas. Y la máxima atracción de sus novelas es ser en ellas todo natural y como apremiante de vida por devivirse: los personajes tan actuales que los reconocemos como vistos en cualquier parte y en el momento más impensado, gesticulando y moviéndose en la salsa de su circunstancia vital; los escenarios, tan próximos a nosotros que llegaremos a ellos apenas volvamos la primera esquina; los temas mismos que en nosotros se han planteado alguna vez; el lenguaje oportuno, natural, pintoresco cuando la ocasión lo exige, y siempre salido de las bocas en suprema naturalidad, y que salta a nuestros oídos desde que amanece hasta que... vuelve a salir el sol. Nadie, sin notoria injusticia, puede afirmar que cada novela de Martínez Olmedilla no sea un trozo de vida. No sin alguna razón se le ha echado en cara su contumacia para someter a los más de sus personajes a "cierta deformación caricaturesca", y por inclinarse al pesimismo como único desenlace posible. Cierta, algo de sainete y algo de drama —por supuesto, como en la Vida— hay en todas las novelas de Olmedilla; y él dictamina más desenlaces dolorosos que felices. Pero hasta en esto no hace sino seguir "a la escuela de la Vida", cuya postrera escena significa tanto como el definitivo dolor y horror ante lo irremediable» (13).

Bajo esta perspectiva general de técnica narrativa creemos que debe verse y juzgarse la novela de Augusto Martínez Olmedilla *Siervo y tirano*, una página —en definitiva— de la pequeña historia de nuestras tierras jiennenses. Porque lo que de ninguna manera nos parece de recibo es seguir manteniendo por más tiempo el silencio y el olvido en los que hasta ahora se ha visto sumida la obra a lo largo de casi un siglo.

(13) *La promoción de «El Cuento Semanal» 1907-1925*, págs. 188-189.